

*Las voces más débiles
son las que pueden
gritar más alto.*



HIJO ÚNICO

RHIANNON

NAVIN

HarperCollins
Narrativa

Editado por HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Hijo único

Título original: Only Child

© 2018 by MOM OF 3 LLC

Published by arrangement with Folio Literary Management, LLC and International Editors' Co.

© 2018, para esta edición HarperCollins Ibérica, S.A.

© De la traducción del inglés: Celia Montolío

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Diseño de cubierta: Lookatcia.com

Imagen de cubierta: © Thegoodly/GettyImages

ISBN: 978-84-9139-249-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla

Créditos

Índice

Dedicatoria

Cita

1. El día que vino el pistolero
2. Heridas de guerra
3. Jesús y los muertos de verdad
4. ¿Dónde está tu hermano?
5. Día sin normas
6. Aullidos de hombre lobo
7. Las lágrimas del cielo
8. El último martes normal
9. Ojos amarillos
10. Apretones de mano
11. La guarida secreta
12. ¿Tienen cara las almas?
13. No puedes estar aquí
14. ¿Adónde has ido?
15. Caminando a ciegas
16. Zumo de tomate
17. Papeles de sentimientos
18. Pesadilla en la vida real
19. Estar en vela
20. Dispensador de papel higiénico extragrande
21. Grito de guerra
22. Adiós
23. Mirada asesina
24. El palo y la serpiente
25. Los secretos de la felicidad
26. Los de las noticias

27. Dar la noticia
 28. Truco o trato
 29. Nieve y batidos
 30. Hulk
 31. Compartiendo espacio
 32. Furia
 33. Una vida imposible de vivir
 34. Compasión
 35. Vuelta al cole
 36. Tormenta
 37. Agradecido
 38. Algo más sencillo
 39. Sorpresa especial
 40. Papá se va
 41. Maldita sopa
 42. Al fin solo
 43. Globos para recordar
 44. Medio segundo de fama
 45. Haz algo
 46. Misión urgente
 47. Scooby-Doo en una furgoneta blanca
 48. Vientos susurrantes
 49. Un fantasma amigo
 50. Vuelta a casa
 51. Esto de llorar
 52. El último secreto
 53. El Club Andy
 54. Seguir viviendo
 55. Dulces sueños
- Agradecimientos

Para Brad, Samuel, Garrett y Frankie

Para mamá

Tengo que seguir haciendo frente a la oscuridad. Si mantengo la cabeza bien alta y hago frente a lo que temo, existe una posibilidad de que lo venza. Si no hago más que esquivarlo y esconderme, me vencerá a mí.

Mary Pope Osborne, *My Secret War: The World War II Diary of Madeline Beck*.
Long Island, Nueva York, 1941.

1

El día que vino el pistolero

Lo que más recuerdo del día que vino el pistolero es el aliento de la señorita Russell. Estaba caliente y olía a café. El armario estaba oscuro, salvo un cachito de luz que entraba por la rendija de la puerta que la señorita Russell estaba sujetando para que no se abriera. No había picaporte por dentro, solo una pieza suelta de metal, y la agarró con el índice y el pulgar.

—Quieto, Zach —susurró—. No te muevas.

No me moví. Y eso que, como me había sentado encima del pie izquierdo, sentía un hormigueo y me dolía.

El aliento a café de la señorita Russell me rozaba la mejilla cada vez que hablaba, y era un poco desagradable. Los dedos le temblaban sobre la pieza de metal. La señorita tenía que hablar con Evangeline, David y Emma, que estaban detrás de mí, porque no paraban de llorar y no se estaban completamente quietos.

—Estoy aquí con vosotros —les dijo—. Os estoy protegiendo. Shhh, por favor, no hagáis ruido.

Fuera se oía un PUM tras otro. Y gritos.

PUM PUM PUM

Sonaba como cuando juego a *Star Wars* con la Xbox.

PUM PUM PUM

Siempre tres, y después silencio. Silencio o gritos. La señorita Russell pegaba un bote cada vez que se oía un PUM y se ponía a susurrar más deprisa.

—¡No hagáis ni un ruido!

Evangeline hacía ruido porque tenía hipo.

PUM Hip PUM Hip PUM Hip

Alguien debía de haberse meado, porque olía a pis en el armario. A pis y al aliento de la señorita Russell, y a las chaquetas mojadas por la lluvia que había caído durante el recreo.

—No llueve tanto como para no salir al patio —había dicho la señora Colaris—. Además, no somos terrones de azúcar, ¿no?

A nosotros nos daba lo mismo que lloviera. Jugamos al fútbol y a polis y cacos, y se nos calaron el pelo y las chaquetas. Intenté girarme y subir la mano para ver si las chaquetas seguían mojadas.

—No te muevas —me susurró la señorita Russell.

Cambió de mano para sujetar la puerta y oí el tintineo de sus pulseras. La señorita Russell siempre lleva un montón de pulseras en el brazo derecho. Algunas tienen unos colgantes que se llaman amuletos y que le recuerdan cosas especiales, y cada vez que se va por ahí de vacaciones compra un amuleto nuevo. A principios de curso, nada más empezar primero, nos enseñó todos sus amuletos y nos contó de dónde venían. El último se lo había comprado en las vacaciones de verano, y era un barco. Es como una versión minúscula del barco que cogió para acercarse a una cascata enorme que se llama Niágara y que está en Canadá.

El pie izquierdo empezó a dolerme un montonazo y traté de sacarlo, pero solo un poquito, para que la señorita Russell no se diera cuenta.

Acabábamos de volver del recreo, de meter las chaquetas en el armario y de sacar los libros de mates cuando empezaron a oírse los PUM. Al principio no eran fuertes, parecía que venían del fondo del pasillo a la entrada, donde está la mesa de Charlie. Si te vienen a recoger tus padres antes de la hora de salir o si tienen que ir a buscarte a la enfermería, se paran delante de la mesa de Charlie, escriben su nombre, enseñan el carné de conducir y Charlie les da

una tarjeta con un cordón rojo que dice *Visitante* para que se la pongan al cuello.

Charlie es el vigilante de seguridad de McKinley, y lleva allí treinta años. El año pasado, cuando yo todavía estaba en tercero de infantil, dieron una fiesta enorme en el auditorio para celebrar su treinta aniversario. Incluso vinieron un montón de padres, porque cuando ellos eran pequeños y estudiaban en McKinley, él ya era el vigilante. Charlie dijo que no hacía falta que le hicieran una fiesta.

—Ya sé que todo el mundo me quiere —dijo, y soltó esa risa suya tan graciosa.

Pero de todos modos se la hicieron, y me pareció que le gustó. Puso en su mesa los dibujos que le hicimos, y los que no cabían se los llevó para colgarlos en casa. Mi dibujo estaba en el mejor sitio, justo en medio de la mesa, porque soy un artista de primera.

Pum pum pum

Al principio, sonaban muy bajito. La señorita Russell nos estaba diciendo qué páginas del libro de mates eran para hacer en clase y cuáles eran para casa. Los estallidos la obligaron a callarse, y arrugó la frente. Se acercó a la puerta de la clase y miró por la ventanita con cristal.

—¿Se puede saber qué...? —dijo.

Pum pum pum

Después dio un paso muy largo hacia atrás y dijo «Joder». Sí, eso dijo. Una palabrota. Todos la oímos y nos entró la risa. «Joder». Entonces oímos ruidos saliendo del interfono de la pared y una voz que decía: «¡Cierre de emergencia, cierre de emergencia, cierre de emergencia!». No era la voz de la señora Colaris. En los simulacros de emergencia, la señora Colaris había dicho «¡Cierre de emergencia!» por el interfono una sola vez, pero ahora la voz lo dijo muchas veces y muy deprisa.

La seño se puso blanca como el papel, y dejamos de reírnos porque parecía otra y no estaba sonriendo ni pizca. De repente se le puso una cara que me dio miedo, y se me atascó la respiración en la garganta.

La señorita Russell dio un par de vueltas delante de la puerta, como si no supiera adónde ir. Después se paró, trancó la puerta y apagó las luces. Por las ventanas no entraba luz porque estaba lloviendo, pero aun así fue a bajar las persianas. Se puso a hablar muy deprisa y le salió una voz temblorosa y como chillona.

—Acordaos de lo que hicimos en el simulacro de emergencia —dijo.

Me acordé de que *cierre de emergencia* significaba: «no salgáis como cuando hay alarma de incendios, quedaos dentro y que no se os vea».

PUM PUM PUM

Fuera, en el pasillo, alguien pegó un grito muy fuerte. Empezaron a temblarme las piernas por la zona de las rodillas.

—Niños, venga, todos al armario —dijo la señorita Russell.

Los simulacros habían sido muy divertidos. Hacíamos como que éramos los malos y solo nos quedábamos en el armario un minuto más o menos hasta que oíamos que Charlie abría la puerta de clase con su llave especial, esa que abre todas las puertas del cole, y decía: «¡Soy yo, Charlie!», y esa era la señal de que el simulacro había terminado. Esta vez no quería meterme en el armario porque casi todos habían entrado ya y parecía que estaban demasiado apretujados. Pero la señorita Russell me puso la mano en la cabeza y me metió de un empujón.

—Deprisa, niños, deprisa.

Evangeline sobre todo, y también David y algunos más, empezaron a llorar y a decir que se querían ir a casa. Yo también noté que se me llenaban los ojos de lágrimas, pero no quería que se me salieran y lo vieran todos mis ami-

gos. Hice el truco del pellizco que me enseñó Abu: te pellizas la nariz por fuera, justo donde deja de estar dura y se pone blandita, y así las lágrimas no salen. La abuela me enseñó el truco del pellizco en el parque, un día que estuve a punto de llorar porque me habían empujado del columpio. Me dijo: «Que no te vean llorar».

La señorita Russell metió a todo el mundo en el armario y cerró la puerta. Los estallidos no paraban. Intenté contarlos en silencio.

PUM 1 PUM 2 PUM 3

Tenía la garganta muy seca y rasposa. Me moría de ganas de beber agua.

PUM 4 PUM 5 PUM 6

—Por favor, por favor, por favor —susurró la señorita Russell.

Y luego le habló a Dios y le llamó «Querido Dios», y no pude entender el resto de lo que decía porque susurraba tan bajito y tan deprisa que creo que quería que solo la oyese Dios.

PUM 7 PUM 8 PUM 9

Siempre lo mismo: tres pum y a continuación una pausa.

De repente, la señorita Russell levantó la vista y dijo «Joder» otra vez.

—¡Mi móvil!

Abrió un poquito la puerta y, cuando dejaron de oírse estallidos, la abrió del todo y se fue corriendo hasta su mesa con la cabeza agachada. Después volvió corriendo al armario, cerró de nuevo la puerta y esta vez me dijo que agarrase yo la pieza de metal. Eso hice, a pesar de que me dolían los dedos y de que me costaba mantener la puerta cerrada porque pesaba mucho. Tuve que usar las dos manos.

A la señorita Russell le temblaban tanto las manos que también temblaba el móvil mientras deslizaba el dedo para meter la contraseña. No acertaba a meterla bien, y cuando te equivocas de contraseña se revuelven todos los números de la pantalla y tienes que volver a empezar.

—Venga, venga, venga —dijo la señorita Russell, y por fin acertó. Pude verla: 1989.

PUM 10 PUM 11 PUM 12

Vi que marcaba el 911. Oí una voz al otro lado del móvil, y la señorita Russell dijo:

—Sí, mire, llamo del colegio de primaria McKinley. En Wake Gardens. Rogers Lane.

Hablaba muy deprisa, y con la luz que salía del móvil vi que me escupía un poco en la pierna. Tuve que dejar ahí el escupitajo porque no podía soltar las manos de la puerta. No podía limpiármelo y me quedé mirándolo: ahí, en mi pantalón, había una pompa de baba, y me daba asco.

—Hay un pistolero en el colegio y está... Vale, me mantengo al teléfono.

A nosotros nos susurró «Ya han llamado». Pistolero. Eso fue lo que dijo. Y a partir de entonces lo único que me venía a la cabeza era «pistolero».

PUM 13 Pistolero PUM 14 Pistolero PUM 15 Pistolero

Me pareció que cada vez era más difícil respirar en el armario y que hacía mucho calor, como si hubiésemos gastado todo el aire. Quería abrir un poco la puerta para que entrase más aire, pero tenía demasiado miedo. Notaba el corazón latiéndome a mil por hora en el pecho y en la garganta. A mi lado, Nicholas estaba apretando los ojos y se le oía respirar muy deprisa. Estaba gastando demasiado aire.

La señorita Russell también tenía los ojos cerrados, pero su respiración era lenta. Me llegaba el olor a café cada vez que soltaba aire con un «uuuh» muy largo. Abrió los ojos y nos volvió a hablar en susurros. Dijo todos nuestros nom-

bres: «Nicholas. Jack. Evangeline...». Me gustó cuando dijo: «Zach, va a ir todo bien». Y luego nos dijo a todos:

—La policía está ahí fuera. Ha venido a ayudarnos. Y yo estoy aquí con vosotros.

Me alegré de que estuviese allí con nosotros. Oírla hablar me ayudaba a tener menos miedo, y el aliento a café ya no me molestaba tanto. Me imaginé que era el aliento de papá de los fines de semana por la mañana, cuando desayuna en casa. Una vez probé el café y no me gustó. Está demasiado caliente y sabe a viejo o yo qué sé a qué. Papá se rio y dijo: «Mejor, además te atrofia», que no sé qué significa. El caso es que deseaba con todas mis fuerzas que papá estuviese allí en ese momento. Pero no estaba, solo estaban la señorita Russell y mis compañeros y los estallidos —PUM 16 PUM 17 PUM 18— que sonaban cada vez más fuertes, los gritos en el pasillo y más llantos en el armario. La señorita Russell dejó de hablarnos a nosotros y se puso a hablar por el móvil.

—Dios mío, se está acercando. ¿Vienen ya? ¿Vienen ya?

Lo dijo dos veces. Nicholas abrió los ojos, dijo «¡Ay!» y vomitó. Le cayó vómito por toda la camisa, y a Emma le cayó un poco en el pelo y a mí en la parte de atrás de los zapatos. Emma soltó un alarido y la señorita Russell le tapó la boca con las manos. Soltó el móvil, que cayó en el vómito que había en el suelo. A través de la puerta oí sirenas. Se me da fenomenal distinguir unas sirenas de otras: de camiones de bomberos, de coches de policía, de ambulancias... Pero se oían tantas en la calle que no pude distinguir las..., estaban todas mezcladas.

PUM 19 PUM 20 PUM 21

Entre el calor, la humedad y el mal olor empecé a marearme y se me revolvió el estómago. Un instante después, todo quedó en silencio. Dejé de oír los estallidos. Solo oía los llantos y los hipidos en el interior del armario.

Y entonces se oyeron miles de estallidos que sonaban como si estuviesen ahí mismo, muchos de ellos seguidos, y

ruidos fuertes como de cosas cayéndose y rompiéndose. La señorita Russell gritó y se tapó los oídos, y nosotros gritamos y nos tapamos los oídos. La puerta del armario se abrió porque solté la pieza metálica, y entró luz y me hizo daño en los ojos. Intenté seguir contando los estallidos, pero eran demasiados. Y de repente ya no hubo más.

El silencio era absoluto, incluso entre nosotros, y nadie movía ni una ceja. Era como si ni siquiera respirásemos. Nos quedamos así mucho tiempo: quietos y callados.

Alguien se acercó a la puerta de la clase. Oímos el pica-
porte, y la señorita Russell soltó el aire a poquitos, en plan «uh, uh, uh». Llamaron una vez, y después una voz de hombre dijo muy fuerte:

—Hola, ¿hay alguien ahí?

2

Heridas de guerra

—Tranquilos. Ha venido la policía, ya ha acabado todo —dijo la voz fuerte.

La señorita Russell se levantó y se agarró un momento a la puerta del armario, y después dio unos pasos hacia la puerta de la clase, muy despacio, como si se le hubiese olvidado andar y tuviese un hormigueo en las piernas de haber estado sentada sobre ellas, igual que yo. También yo me levanté, y detrás de mí fueron saliendo del armario los demás, lentamente, como si todos tuviésemos que aprender otra vez a usar las piernas.

La señorita Russell abrió la puerta de la clase y entraron montones de policías. Vi más en el pasillo. Una policía abrazó a la señorita Russell, que hacía ruidos muy fuertes como si se estuviese atragantando. Quería quedarme cerca de la señorita, y empecé a tener frío porque estábamos todos por ahí desparramados en vez de apelotonados y calentitos. Con tantos policías me sentía tímido y asustado, así que me agarré a la camisa de la señorita.

—A ver, niños, por favor, acercaos aquí delante —dijo un policía—. Poneos aquí en fila, por favor.

Ahora se oían aún más sirenas al otro lado de la ventana. No veía nada porque las ventanas de nuestra clase están muy altas y no se ve nada a no ser que nos subamos a una silla o a una mesa, y está prohibido. Además, la señorita Russell había bajado las persianas cuando empezaron los estallidos.

Un policía me cogió del hombro y me hizo ponerme en la fila. Él y el otro policía llevaban uniformes con chalecos de